

Actualización de la renovación postconciliar

En la historia de la Iglesia, desde los tiempos de los Apóstoles, ha habido muchos momentos de renovación litúrgica en el culto y muchos elementos constituyentes de tan particular renovación. En un momento dado, se ha hecho hincapié en uno u otro elemento del culto cristiano, pero es posible que en otros momentos muchos fieles de la Iglesia se hayan concentrado en otros elementos. Esa es una de las razones por las cuales es siempre importante pedir la gracia de ver la imagen completa en nuestra constante renovación litúrgica.

Los años transcurridos desde el Concilio Vaticano Segundo nos han proporcionado una variedad de elementos que constituyen puntos de enfoque; muchos de ellos nos han llevado a centrarnos particularmente en otras épocas de nuestra historia, pero todos ellos han convergido en los últimos cuarenta años para ofrecer vastas posibilidades de renovación de nuestro culto. Los elementos clave de esta renovación postconciliar comprenden un acceso más amplio a las Escrituras, la recuperación del papel clave de la música en el culto católico, la capacidad de rezar la liturgia en nuestro propio idioma y, en particular, la plena, activa y consciente participación de toda la asamblea en el acto de culto.

En una época, al comienzo de la historia de la Iglesia, había cinco lecturas de la Escritura en cada Misa Dominical. Inmediatamente antes del Concilio, los fieles oían dos lecturas y algunos breves extractos de los salmos y de otros pasajes bíblicos. Ahora tenemos acceso a tres lecturas cada domingo y cada fiesta de guardar, además de una selección más rica de salmodia y de otros textos. Este es el máximo acceso que han tenido los católicos a las Escrituras desde mucho antes de la Reforma Europea en el siglo XVI.

El enfoque en la música en la liturgia, con el Canto Gregoriano como ejemplo primordial de la forma en que la música se incorpora a los textos en los rituales de la Iglesia (Romana) Latina, tiene ahora

más de un siglo de existencia. Recibió su primer impulso papal en 1903 con el *motu proprio, Tra le sollecitudini*, de Su Santidad San Pío X. A lo largo del siglo XX, los músicos pastorales y los educadores de música enseñaron canto, aun mientras estudiaban las tradiciones de himnodia y oración cantada en varias culturas populares. Todo este trabajo—que representa el esfuerzo desplegado por cerca de un siglo—ha aparecido en escena en los últimos cuarenta años y todavía trabajamos por mejorar la forma de hacer participar a las congregaciones en la oración cantada, aprovechando para ello lo que el Concilio Vaticano Segundo llamó el “tesoro de la música sacra” que es nuestro patrimonio e igualmente el trabajo de los compositores orientado “a cultivar la música sacra y a acrecentar su tesoro” (*Sacrosanctum Concilium*, 114, 121).

Después del Concilio, por primera vez desde que la liturgia se tradujo del griego al latín en África del Norte para que los fieles pudieran entender el culto en su propio idioma, nos regocijamos y luchamos con formas apropiadas de expresar la oración de la Iglesia Latina en el lenguaje contemporáneo. (El latín se mantuvo como lengua del culto en la Edad Media, pero se convirtió en el idioma de los eruditos; después de los siglos VI o VII aproximadamente, la mayoría del común de las gentes ya no hablaba un idioma que pudiera reconocerse como latín.)

Como las traducciones actuales al español y a otros idiomas, la traducción revisada al inglés del *Misal Romano*, tercera edición, que se introducirá en toda su extensión en el Adviento del 2011, es un ejemplo de esa lucha continua. Su redacción difiere notablemente, en algunos pasajes, del inglés litúrgico que se ha conocido por cuarenta años; marca una nueva era en nuestra búsqueda de una forma apropiada de rezar en nuestro propio idioma. La nueva traducción al inglés se acerca más al latín—y a la traducción al español— y hace eco de las raíces de nuestros textos en latín redactados en una época de profunda

erudición bíblica, a veces expresados en magnífica poesía en latín y con una forma de dirigirse a Dios tomada de la etiqueta de las cortes reales. El nuevo texto debe considerarse como el *Misal Romano* 3.0, una actualización de la versión 2.0 que hemos venido usando. ¿Serán la traducción al inglés y, finalmente, la traducción al español la forma definitiva que tomará nuestro culto vernáculo? Probablemente no; la liturgia evoluciona y nos llama a una continua renovación. ¿Ayudará a nuestra oración en el siglo XXI? Por supuesto que sí, porque nos acercará más a nuestras raíces bíblicas, al patrimonio en el cual rezamos y a la forma en que configuran su oración los católicos de otros idiomas. ¿Contendrá errores que deban corregirse? Por supuesto que sí; eso sucede en todas las actualizaciones.

No obstante, la meta de esta fase de renovación litúrgica católica iniciada en el siglo XIX, que se elevó en el siglo XX, adoptada por toda la Iglesia en el Concilio Vaticano Segundo y que ha continuado hasta el siglo XXI y seguirá en lo sucesivo, se expresó con máxima claridad en el *Sacrosanctum Concilium*:

La Santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, que exige la naturaleza de la Liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido” (1 Pet. 2:9; cf. 2:4-5).

Al reformar y fomentar la sagrada liturgia, hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano . . . (*Sacrosanctum Concilium*, 14).

De hecho, esa ha sido la meta de la evolución de la liturgia cristiana desde los primeros días de la Iglesia. Mientras siga siendo nuestra meta, el trabajo de la renovación litúrgica se mantendrá bien encaminado.